

Veinte pájaros

(sobrevuelan aguas del SUR)

Esos disparos albos en el cielo.
Su luz resplandeciente
Congelando los días

Hacia abajo la noche
Y enredados en púas
El hombre y su mirlo

Los dos son un fantasma en la herida del vuelo

En su cerco la noche
Emplazada de espinas
Los mirlos caen al revés
Uno tras otro
El cuello herido

Su sangre sale por mi oído izquierdo.

II

En el pecho del hombre, que también cae
el pico ensangrentado de un mirlo.

No fue su rifle no el voraz de la sangre
No fueron las armas del cazador
Sino el abrazo veloz del tatuador de cuerpos
Que buscaba en esos pájaros una sepultura

Las plumas blancas escriben por doquier
En la tierra seca
La ficción del tiempo.

A su lado, el hombre.
Y su metal de acero.

III

Veinte pájaros vuelan sin cesar
Atormentados en el cielo
Veinte pájaros blancos
Sobresalen entre las altas nubes

Graznan y aletean sus alas
en un sonido más fuerte que el metal.
Cuando la máquina cae sobre su lomo y enrojece su arista
que corta duras gemas, hay topacios y rubí en la pedrería de la mesa
sin fondo
La mirada humana abre la mesa por ellos,
divide la carne
y el hambre

Así el trabajo del metal:
Su grito enciende
una vibración en las constelaciones y corta
el espacio en estaciones y tramos y nubes
de varias existencias.

Son aspas de molinos que gorguean y gruñen
Son aspas que mueven sus brazos y giran
Con locura y temor, con sonido y con ira
Con ruidos geométricos, con pausas entre cantos
y ruidos y tambores.

Es una irradiación molecular.
Un agujero negro
Que despacio se vuelca entre
El aire y la nada, balanceando la atmósfera entre
soles distantes
Y más distantes descarnadas estrellas.

Y los veinte pájaros miran asombrados ese estallido
molecular
Esa vasta zona de embriones.
Hay silencio en sus cantos y en su habla
Se acuna la fiebre de los sentidos, y con ella
El hambre de los bosques que huyen
En el canto y hacia el canto desplomando la frágil textura de su carne.

Sus plumas se apegan en la primera helada
Bajo los nuevos soles está el planeta frío
Y el niño que acunaran sus vastas alas blancas
Se duerme en el amanecer de los estampidos.

V

Ésa es mi tierra envenenada.
Ésa la atmósfera de la noche que crece.
Ése el latido por donde se mece el susurro del habla,
Ése, el entrecortado medallón de los cautivos que abren sus párpados y
Preguntan si hay, si habrá llegado la hora de la calma.

No hay tal, contestan los pájaros heridos,
Atormentados en el valle.

Abro también mi casa en este valle
Enrollada como una serpiente
Y así encamada, divido este planeta
En el vellocino de oro y el de plata.

Veinte pájaros saltan entre luces de neón
Golpeando el cuerpo
En los escaparates de la ciudad.

Duerme serpiente de cobra
Duerme teñida en el coral que se inunda
De fuego en su matriz de agua,
En una muda de tus pieles, las algas claman
Detrás de las antilíneas y de los cristales.

VI

Mala suerte tuviste en el amor y el juego.
No sabías quién eras.
A los fantasmas acudes en noches de desvelo,
Vienes penando desde hace más de 100 años
Nunca creí que iba a vivir tanto.

Cumplí 60 años, cumplí 75,
Creo que tengo 80,
No lo sé, no me acuerdo,
Hace muchos años que no veo a nadie
Ni a nada

Celebré 120 años con plumas esmaltadas,
200 años que ando en mi yegua negra,
Ya no tiene sus pelos,
Los que me montan
No saben de mi sudor de animal viejo
Tan parado en su sangre

Me olvidé quién soy y a quién le importa,
Tampoco yo conozco a mucha gente,
Hablo una lengua oscura y que nadie entiende,
Pero eso sí no miento,
Cuando digo,
Que he estado en el bar con mucha gente,
Y no he abrazado a ninguno.

Aplastando el olvido
El rincón clásico y absurdo del olvido
Ese jinete que marea de puro vértigo
Y que es un viaje de la memoria
A la marca que se fue a la nada
Llevándose la cola
Intacta entre las nalgas

Pero de lo que hablaron en el bar
Era de muerte
De asesinatos necesarios, de crímenes muy bellos
Y elocuentes.

Yo dejé de oír —comencé a enardecerme
Y a brotar ramas secas en cada una de las líneas
Que contiene el asfalto

Esos muertos andantes, esos diurnos jinetes
No eran nada de temer,
Sus apocalipsis filmados en la pared
Más alta entre los muchos muros
Que graba la ciudad
Eran antorchas tenues y siestas a media vela,
Tal vez había un niño, un tierno adolescente
Que oyó algo —alto en la noche
Era un joven rapado,
Oh, yo quería morir por él,
No me dejaron.

Continué en la azotada, conté hasta 24
Y me di vuelta.

Los altos muertos ya habían bajado, de sus tumbas
Salía humo y rencor, sus cuerpos despedían...

Vi cuándo caían y cómo caían,
la noche ciega de sus resplandores.

VII

Los nidos que faltan

Era una familia, un grupo grande de aves
Que volaban simétricamente por el cielo
Unos de ellos dejó caer sus plumas manchadas
y lo desnucaron inmediatamente

No gustaron sus plumas acicaladas
Con colores grises y pardos, con tonos verdes,
Sus ocre palpitantes recordando la tierra
Y sus bruscos ovarios temerosos

Ahora vuelven los pájaros misteriosos
Dando cuenta de presagios en sus vuelos.

De vez en cuando, uno de ellos muere.

Y quién dirá algo por los nidos que faltan
Perdidos entre los altos árboles
Que olvidaron por completo el sonido de su leyenda
Y ahora, en el vacío, descansan mudos

Esperando la tala, la acción final y su derrota en el hacha.

Eugenia Brito
(n. Santiago de Chile, 1950)